



LOS INTERESES CREADOS

No asamos y ya pringamos, que dice el vulgar dicho decidero. Es decir, que ha empezado ya a tirarse de la manta en eso de lo ocurrido en Marruecos con el desastre, pero de lo ocurrido en las profundidades o en los bajos fondos. Bajos fondos de empresas y de personajes muy altos.

Uno que se firma «El duque de G.» y que parece un noble de casa y boca descubre parte de la cortina en un artículo publicado en «La Acción». ¿Será duque de la G.? ¿Y será esta G. la que figura en la leyenda que rodea al busto del soberano en nuestras monedas? Pero veamos lo que dice el duque.

El duque dice que el origen de la derrota de julio está en negocios, negocios y negocios. Se sabía ya esto. Se sabía que el resorte de la más alta—y en otro respecto más baja—política del actual reino de España es el negocio. Se sabía que los accionistas del patriotismo oficial no responden más que al negocio.

El duque dice que se venía tratando con Abd-el-Krim de la explotación de las minas de Alhucemas y que en aguas de este lugar se mecía un yate de millonarios; dice que estaba entablada una lucha contra dos grupos financieros y que parecía llevar la mejor parte uno de ellos cuando el otro, en el que figuraban personas de significación radical, tomó su partido.

¿Conque en uno de los grupos figuraban personas de significación radical? ¿Y en el otro? En el otro acaso figuraran personas de significación dinástica. Con lo que no queremos decir, ¡claro!, que este otro grupo estuviera protegido por la dinastía, ni menos vamos a hacernos eco de lo que se dice sobre acciones liberadas.

El duque dice que a base de ese negocio se ha establecido un considerable frente de intereses que llega desde la más extrema izquierda hasta las lindes de los campos conservadores. Bueno; ¿pero desde estas lindes hacia la derecha y hacia arriba no hay establecido otro considerable frente de intereses? ¿En estas terribles competencias entre grupos de financieros no hay el grupo que podríamos llamar dinástico, el protegido desde arriba?

¿Y no fué este grupo, el de Llodio, el que provocó la última disolución de Cortes y el que esperó en las últimas elecciones generales fraguar un Parlamento que sirviera a sus intereses y sus negocios?

¡Los intereses! ¡Los intereses creados! A los que como dijo en la Universidad de Madrid S. M. el Rey, se está dispuesto a sacrificar la vida de la nación. Y cuando lo dijo debe saberlo de buena tinta. Los intereses creados o por crear que se procuran todo género de protecciones, mediante acciones liberadas y como fuese.

Sí, sí, el duque de la G., que debe de ser algún duque de casa y boca y accionista de la dinastía, está dispuesto a hablar claro sobre los que trataban con Abd-el-Krim, y a la vez tendrá que hablar claro de los que trataban contra él. El duque dice que se le hizo creer al caudillo moro que los jalones que iba poniendo el ejército español en la línea Batel-Sidi-Driss no eran otra cosa que la preparación para la rápida conquista de Alhucemas, sin más finalidad que apoderarse España de las minas para entregárselas al grupo de que no formaba parte el jefe moro. ¿Y es esto tan extraño acaso?

Aquí hay muchos que creen que una porción de cosas que se le hace hacer a España es para beneficiar los intereses de ese grupo financiero a que se refiere el duque de la G., al grupo que podríamos llamar dinástico, al de los accionistas del patriotismo y del optimismo de real orden, al de los que pretendieron fraguar un Parlamento que sancionase todo lo que se le presentara con la firma regia. Que es lo que se decía en aquel famoso discursito de Córdoba.

«Y vino el desastre imprevisto, inesperado, fatib»—dice el duque de la G., el de casa y boca. Sí, y vino por los negocios, negocios y negocios. Vino porque toda la política del actual reino de España, la de Llodio, es una política de negocios, de intereses creados y por crear a que se sacrifica la vida de la nación.

¡Las minas de Alhucemas! ¡Lo que hay debajo de ese negocio de las minas! ¡Que se hable!

Todo ello, lector, hiede que apesta. Este reino de España, el de los negocios—entre ellos el del juego de azar,—hiede que apesta. ¡Fango! Y fango amasado con sangre.

Miguel DE UNAMUNO.

